

veía con desabrimiento lo que pasaba, seguro de que la victoria de una causa sustentada por Narvaez, Concha y otros personajes de las mismas opiniones, vendría á parar en su vencimiento propio y en la ruina de las doctrinas y del interés de su partido. Así, en Madrid fué poco menos que unánime entre la parcialidad exaltada la resolución de resistir á las tropas de los levantados. Acercóse Aspiroz, é hizo una intimación á la capital para que le abriese sus puertas, larga y llena de argumentos y nada semejante á las que se hacen en casos tales. Respondióle D. Evaristo S. Miguel, á la sazón capitán general de Castilla la Nueva, con no menos flema y proligidad, procurando rebatir las razones con que su contrario argüía á los madrileños para que le recibiesen como amigo abrazando su causa. No se emprendieron operaciones importantes, porque Aspiroz era flaquísimo en fuerzas para acometer la empresa de hacerse dueño de una población crecida, y por otro lado tampoco quería, aun cuando pudiese, lograr su entrada en la capital de España á costa de derramar la sangre de sus moradores. Ni los alborotadores que dominaban á Madrid eran propios para salir á campaña, pues, aunque hubiese entre ellos algunos valientes, carecían de la serenidad y pericia necesarias para pelear en campo raso. Así, siendo imponderable el entusiasmo aparente y hasta cierto punto real y verdadero de los dominadores de la capital que dirigian su defensa, y excediendo estos en número á los de diverso modo de pensar, y siéndoles todavía mas superiores en poder hasta el extremo de hacer parecer casi unanimidad su predominio, si no fuese por los insultos hechos á no pocas personas con lo cual declaraban tener contrarios, los soldados enemigos con su corta fuerza seguían tranquilos en la inmediación de las mismas puertas, aunque disparándoles la artillería y fusilería continuamente causando mas estruendo y violencia que estrago. Una vez, aventurándose con un cañon los madrileños fuera de la puerta de Recoletos, viéndose acometidos por unos pocos de los de Aspiroz, huyeron con tal precipitación que no pararon hasta internarse bien en las calles, pasando aun del lugar donde cesaba el peligro, y dejando abandonada la pieza de artillería, que no hubo quien recogiese en largo rato. Pero los que fuera del recinto de Madrid tan poco hacían estaban dentro ejerciendo una tiranía insufrible, á la par que acreditando lo violento y tenaz de su determinación de mantener la autoridad del regente. Desatada la parte peor de la plebe, y con ella las gentes de todas categorías dadas á cometer excesos, hacían aprestos de defensa con poco orden, si bien con loca actividad, y insultando y vejando á la gente pacífica, la obligaban á que trabajase, haciendo blanco de sus provocaciones y ofensas de palabra y de obra á las personas bien portadas, como si declarasen que entre estas no tenía amigos el duque de la Victoria. Aunque la resistencia parecía dirigida por todos y por ninguno, no obstante estar en la capital tres de los ministros, en verdad, el alma de cuanto se obraba era Mendizabal, si bien segun su costumbre, él daba el impulso, y á su vez le recibía, excitando pasiones á cuyo ímpetu tenía que obedecer cuando se dejaban sentir embravecidas. Fecundísimo el célebre personaje de quien ahora se habla en